

Lo que se expresa en esta clase de cuentos, *El desierto* o *Van Houten*, es la muerte no como ruptura que acontece en el fluir de la existencia, sino como hecho que guarda una continuidad o conexión con la vida. Aquella sobreviene como episodio final de un camino arduo, de formación exigente de la personalidad: el personaje puede mirar la nada a la que se asoma con la misma seguridad y lucidez con la que se enfrentó a las adversidades de su evolución vital. De esta manera, como dice Lukács, el individuo alcanza su propia muerte; cada ser con estas características la recibe de forma exclusiva, intrínseca a él y sólo de él. Es, efectivamente, un intento de Quiroga por particularizarla, de reducirla en su generalidad anónima. En definitiva, es el deseo de seguir siendo único hasta en el hecho desindividualizador por excelencia. El protagonista de *El desierto*, Subercasaux, tiene conciencia de estar situado ante su desaparición; después de una vida de trabajo y esfuerzo, se enfrenta responsablemente a ese último instante: «Hízose en su interior un gran silencio». Esta misma coherencia se da en *Van Houten* (como dato significativo hay que recordar que Van Houten existió realmente y Quiroga lo hace morir en el cuento, cuando aún no lo había hecho en la realidad). La muerte aparece en esta ocasión como acontecimiento consumado, pero los comentarios del narrador y el comportamiento del protagonista nos dan la clave del por qué se le hace morir ahogándose en el río, llevado de su firme determinación y confianza en sus actos. El segundo tipo acontece cuando el escritor acentúa el papel de la voluntad de la naturaleza. La muerte irrumpe signada por su carácter ilógico, irreductible a un marco explicativo, azar que se abate disimétricamente: *A la deriva* o *El hombre muerto*. Si en Quiroga la vida en el espacio natural se distingue por la lucha de dos voluntades: la humana y la selvática, en estos cuentos hay que ver —en relación al modo de ocurrir la muerte— que el acento está puesto en mostrar la voluntad natural, que adquiere ahora un rol destacado. Sí, en el primer caso, la voluntad humana, a pesar de ser vencida, englobaba o superaba ese momento trágico; ahora se equilibra, en un mismo relato, con lo no humano que aparece más claramente actuando en el marco de la subjetividad. Los personajes continúan luchando hasta el fin llevados de su norma acostumbrada. El relato quiroguiano, con su conocida impersonalidad y distancia, se sitúa en la intimidad del proceso del personaje, al tiempo que se manifiesta la presencia de esa voluntad exterior en la implacabilidad del discurrir de los hechos. Es decir, le interesa tanto mostrar la actitud en los momentos finales, como el predominio de lo externo. Los personajes son seres que sucumben no sin dejar testimonio de su resistencia, aunque, en última instancia, hay una aceptación austera, un dejarse engranar en el magno acontecer. Con frecuencia, a través de su actitud aparentemente tranquila, se aprecia el dominio de sí mismo. En *A la deriva*, desde el comienzo surge la lucha, proseguida por la sangre fría del personaje, la seriedad con que afronta el peligro cierto, su terrible fuerza de voluntad para superar la tesitura: «Pero el hombre no quería morir...», «El hombre con sombría energía...», «El hombre tuvo aún valor para llegar a su canoa...». Con la descripción natural se inicia la parte del cuento en la que Paulino, el protagonista, es ya un moribundo. En el último tercio hay una frase que lo distancia claramente. La óptica narrativa se desplaza a un punto muy elevado, por un procedimiento calculado de ascensión que suavemente permite una toma desde esa gran altura: «Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay. Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente...»²¹ Por un momento Quiroga nos muestra desde el en-

foque superior, ese otro principio que parece ya dominar la escena. Es un recurso apropiado que nos permite ver la canoa, y no el hombre, en la corriente, rodeados por la naturaleza. Sólo queda ante la vista esa realidad solitaria en la que se siente la voluntad natural vencedora.

En conclusión, la matriz ideológica hombre-naturaleza puede destacar dos actitudes principales: el acto de conciencia superadora o la decisión de no ceder, de reaccionar como aquél ha hecho siempre. Son dos actos de voluntad que parten de una concepción vital común.

L. Martul Tobío
Kathleen N. March



El bungalow de Quiroga en Misiones

²¹ H. Quiroga, «A la deriva», en *Cuentos de amor de locura y de muerte* (Buenos Aires: Losada, 1972), p. 63.

